

EL MUNDO

DEL SIGLO VEINTIUNO

Anselm Kiefer toma la Bastilla

- Una ópera basada en sus instalaciones de caos y creación celebra los 20 años del teatro
- La obra, que aborda las ruinas de las civilizaciones, se estrena el martes en París

RUBÉN AMÓN / París
Corresponsal

La Ópera de La Bastilla cumple 20 años este mes de julio, pero su director, Gérard Mortier, futuro condotiero del Teatro Real de Madrid, no ha querido celebrar el acontecimiento con los recursos al uso en el gueto lírico. Ha preferido llamar a la puerta del artista alemán Anselm Kiefer (1945) y decirle francamente: «Haga usted lo que quiera».

La respuesta a tales libertades se estrena el martes con un título de intriga y de connotaciones trascendentales: *Al principio*. Es una ópera contemporánea, aunque el autor de la partitura, Jörg Widmann, no la ha compuesto a partir de un libreto, sino tomando como referencia la escenografía de Kiefer y las imágenes que se le han ocurrido a propósito del caos, la creación y el círculo en el que gravita la humanidad.

Hemos venido a encontrarlo a su taller parisino. Un palacio en el ba-

Llevo puesta una camiseta blanca y unos pantalones cortos. Nos rodean tantos libros como pudiera haber en un instituto alemán, aunque el hábitat de Kiefer se diferencia por la proliferación de animales disecados.

No es exactamente la primera vez que el artista alemán trabaja en la ópera. Su amigo Klaus Michael Grüber le convenció para construir en Nápoles la escenografía de *Electra* (Richard Strauss) hace seis años, aunque Gérard Mortier ha ido bastante más lejos en las prerrogativas y le ha concedido carta blanca. No había, pues, límites de espacio ni casi de presupuesto en los trabajos de Hércules que ha realizado el mejor alumno de Beuys.

«De un modo u otro, he tomado La Bastilla. Quiero decir que no me he limitado a realizar un set. He hecho una intervención total. Mis instalaciones están sobre el escenario, pero también se multiplican por los talleres, las salas de ensayo, los vestíbulos. Hay una parte que pueden ver los espectadores y otra que no. Me ha atraído mucho jugar con la idea de lo visible y de lo invisible», explica Kiefer con apasionamiento.

El principio/el final

Al principio es un homenaje a las ruinas. Tanto en sentido estético como en su acepción conceptual. No representan para Kiefer el final, sino el principio. De hecho, el polifacético creador alemán se acuerda de Roberto Rossellini y de su *Alemania año cero*. «La devastación da origen a la creación», precisa Anselm Kiefer antes de explayarse con precisión.

«Quiero decir que comparto ciertas ideas orientales sobre el caos y la creación. Una viene del otro. En este mismo contexto circular, también entiendo que el fin es el comienzo tanto como el comienzo es el fin. Discrepo de la visión lineal del cristianismo y hasta del marxismo respecto al tiempo y a la historia. Me interesa mucho más el enfoque que dan al problema Schopenhauer y Nietzsche. La ópera que presentamos es una reflexión sobre unas y otras cuestiones», añade Anselm Kiefer.

Los contenidos no contradicen la teatralidad de las formas. Kiefer es consciente de su expresividad y hasta de su expresionismo. Admite que hay desgarramiento en sus criaturas, pero le preocupa mucho vigilar a ambos. No se le vayan a descontrolar en perjuicio de la razón.

«Soy consciente de que el expresionismo es una corriente fundamental del arte contemporáneo. Y no puedo negar ciertas influencias, pero entiendo que es un movimiento un tanto limitado. No concierne al intelecto. Lo subordina. Voluntad, intelecto y emoción. Eso es el arte. Eso es el hombre. El intelecto tiene que velar para que no se desmadren las emociones», dice Kiefer como si fuera un jesuita.



Ensayo de la obra inspirada por la escenografía de Anselm Kiefer en la Ópera de la Bastilla. / CHARLES DUPRAT



Anselm Kiefer. / CHARLES DUPRAT

Un alemán en Francia

> Anselm Kiefer (Donauerschingen, 1945) es alemán y discípulo de Beuys, aunque vive y trabaja en Francia desde 1993, tanto en París como en Barjac, donde ha reconstruido una aldea a su medida.

> Su consagración definitiva en Francia se produjo en 2007, cuando se convirtió en el primer artista contemporáneo que accedió al Louvre con una obra permanente desde 1954.

rrío de Le Marais que llama la atención por las esculturas temporales del maestro y por la colección de modelos de anatomía. Tanto le interesan a Kiefer el ojo y el esqueleto humanos como su dimensión evanescente.

«La idea del arte total me atrae. Entendida como el lugar en el que dialogan los sentidos. Sin embargo, la definición del arte total ha ido adquiriendo una dimensión imperial, opulenta, en la que no me identifico. La ópera que estrenamos el 7 de julio no responde a esta acepción, sino a la otra: la del diálogo sensorial», explica Anselm Kiefer a EL MUNDO en una butaca del taller

Las torres y la intemporalidad

R.A. / París
Corresponsal

El dossier de prensa divulgado a propósito del estreno menciona que 'Al principio' es una ópera agnóstica y trascendental. No parece estar demasiado de acuerdo Anselm Kiefer. Le atrae más el gnosticismo que el agnosticismo y le estimula más aún manejarse en la simbología de los

mitos antes de que con los vericuetos de la inmortalidad.

De ahí que las torres semiderruidas o a punto de venirse abajo aparezcan como la referencia iconográfica del espectáculo parisino. Tanto valen para desmenuzarse las ruinas de Jericó como para acordarse de Nínive, sin olvidar que Kiefer también menciona explí-

tamente a las 'trümmerfrauen'. Así se llamaban las mujeres germanas de la posguerra que recogían los ladrillos de los escombros y los limpiaban escrupulosamente. «De la destrucción se originaba la construcción», apostilla el pintor y escultor alemán para redundar en la arquitectura de su espectáculo y en las propias intenciones de

su estética fuera del tiempo. «Mi idea es que el arte no debe ser contemporáneo, sino intemporal. Es un error mirar hacia el futuro sin tener en cuenta el pasado. Mi obra se entiende precisamente en esa dinámica, en esa dialéctica. Se enriquece de lo retrospectivo como está alentada por el porvenir. No existe el futuro si no existe el pasado. La conciencia de ambos extremos disuelve el presente».